

## Yo no soy una conversa: Gabriela Mistral y su tensión a los paradigmas espirituales

### I Am Not a Convert: Gabriela Mistral and Her Tension with Spiritual Paradigms

CAMILA LIRA OLIVARES

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso  
cami.liraolivares@gmail.com

#### RESUMEN

*Este artículo analiza la configuración de la religiosidad heterodoxa de Gabriela Mistral a partir de su relación crítica con los paradigmas espirituales del cristianismo institucional chileno de comienzos del siglo XX. En diálogo con los conceptos de mundanidad de Edward Said y estructuras del sentimiento de Raymond Williams, se propone que la espiritualidad mistraliana se construye como un sistema dinámico de creencias, profundamente situado en su experiencia vital, atravesado por la errancia, el vínculo con la naturaleza y una lectura temprana y persistente del texto bíblico, así como por influencias orientales y saberes locales. A partir del análisis de poemas, prosas, oraciones y registros íntimos vinculados a la muerte y el suicidio —especialmente en relación con Romelio Ureta y su hijo adoptivo Yin Yin—, se examina cómo Mistral subvierte nociones ortodoxas de culpa, salvación y trascendencia. El artículo sostiene que su escritura desplaza el ritual religioso hacia el espacio íntimo y doméstico, articulando una espiritualidad fundada en la compasión, el duelo y la plegaria insistente, que tensiona los discursos normativos de la*

*tradición católica y propone una ética espiritual encarnada y no dogmática.*

**Palabras Clave:** *Gabriela Mistral, religiosidad heterodoxa, espiritualidad, duelo, cristianismo.*

## ABSTRACT

*This article examines the configuration of Gabriela Mistral's heterodox religiosity through her critical engagement with the spiritual paradigms of early twentieth-century Chilean institutional Christianity. In dialogue with Edward Said's concept of worldliness and Raymond Williams's notion of structures of feeling, it argues that Mistralian spirituality is constructed as a dynamic system of beliefs, deeply situated in lived experience and shaped by errancy, a profound bond with nature, and an early and sustained reading of the biblical text, as well as by Eastern influences and local forms of knowledge. Through the analysis of poems, prose texts, prayers, and intimate records related to death and suicide—particularly in relation to Romelio Ureta and her adopted son Yin Yin—the article explores how Mistral subverts orthodox notions of guilt, salvation, and transcendence. It contends that her writing displaces religious ritual into the intimate and domestic sphere, articulating a spirituality grounded in compassion, mourning, and insistent prayer, which challenges the normative discourses of the Catholic tradition and proposes an embodied, non-dogmatic spiritual ethics.*

**Keywords:** *Gabriela Mistral, heterodox religiosity, spirituality, mourning, Christianity.*

Entre las montañas cadenosas del Valle del Elqui, nació y creció Lucila Godoy Alcayaga. Hija de Petronila Alcayaga, modista, y de Juan Godoy, profesor, la joven Lucila crecería para transformarse, luego de un largo y escarpado camino, en la poeta por antonomasia de este largo país llamado Chile. Viajera, errante y vagabunda bajo su propia autodefinición, recorrió el mundo

intentando encontrar su paisaje de origen, un pequeño Valle del Elqui escondido en México, Francia, Italia, España, Brasil o Estados Unidos. Su raíz estaba en la profundidad de su tierra y en el cauce portentoso de su río, por lo que, a pesar de emigrar de Chile en una adultez temprana, no dejó de anhelar nunca su tierra alta y fértil de Montegrande. Una negra bolsita de tierra en su maleta la acompañaría hasta el día de su muerte en las lejanas tierras del norte americano, llevándolo como un amuleto de suerte o un hechizo de amor que la unía al Valle y su gente.

Para comprender un poco el contexto en que surge la figura de Mistral, haré referencia al estudio que realiza la académica Andrea Botto “Algunas tendencias del catolicismo social en Chile: reflexiones desde la historia” (2008), donde se afirma que desde inicios del siglo XX:

Por diversos motivos, surgieron desde una especial generación de jóvenes católicos chilenos vinculados al conservadurismo, diferentes grupos que interpretaron a su manera cómo llevar a la práctica las doctrinas sociales dictadas desde Roma. Esas diferentes interpretaciones generaron una división profunda en el catolicismo chileno, que trascendió hasta el mundo de la política y generaron profundos resentimientos que subsistieron por varias décadas. (1)

El Chile en que vivió Lucila Godoy estuvo marcado por fuertes movimientos sociales y agitaciones políticas y culturales, por lo que no es de extrañar que ante la Cuestión Social de inicios de siglo y la ausencia de la iglesia en las provincias, los sectores urbanos y rurales hayan adquirido sus propias características en la búsqueda de una religiosidad que les hiciera sentido y respondiera a sus inquietudes, sobre todo en el espacio rural, cuya tradición oral y superstición estuvo fuertemente ligada a patrones culturales propios de cada territorio.

La tradición oral era y sigue siendo una forma preponderante de transmisión cultural entre las personas que habitan el campo chileno, abarcando una variedad inmensa de formas y estilos, que van desde las adivinanzas, canciones y leyendas,

hasta poemas, plegarias y sortilegios. Estas tradiciones y formas de expresión cultural son fundamentales para la transmisión de conocimientos y valores culturales y sociales, contribuyendo de este modo a la conformación de su memoria colectiva. De todas formas, si bien estas estructuras sociales permearon la visión de mundo de la pequeña Lucila, desde muy temprana edad ella marcó su preferencia por el texto escrito, afirmando que “yo era más discípula del texto que de la clase, porque la distracción, aparte de mi lentitud mental, medio vasca, medio india, me hacían y me hacen aún la peor alumna de una enseñanza oral” (75). Respecto de esto, ella refiere a su primer acercamiento al mundo bíblico, ocurrido durante su educación primaria de mano de un texto de “Historia Bíblica” proveído por el Estado para los niños de Chile. Gracias a este libro se despertó su inmensa curiosidad por los personajes del antiguo testamento, que pasarían muy pronto a ser parte de su círculo cercano de amistades y referentes.

Nada me costaba a mí, en el Valle cordillerano de Elqui, ver sentados, o ver caminar, oír, comer, hablar a Abraham y a Jacob. Mis patriarcas se acomodaban perfectamente a las incas del Valle; desde la flora a la luz, lo hebreo se aposentaba fácilmente allí y se avenía con la índole nuestra, a la vez tierna y violenta, con el vigor de nuestro temperamento rural y, por sobre todo, con la humanidad que respira y transpira la gente del viejo Chile. (77)

El texto bíblico más puro y directo lo recibe por primera vez de boca de su abuela paterna, Isabel Villanueva, quien marcará a fuego la vida de Lucila y Gabriela. La abuela recitaba de memoria los Salmos de David, e incluso era conocida por los sacerdotes de La Serena como “la teóloga”, ya que en el año de 1898 ella era mujer con Biblia leída, en un país sin Biblia popular: “la nieta comenzaba a recibir aquel chorro caliente de poesía, de entrañas despenadas por el dolor de un reyezuelo de Israel, que se ha vuelto el dolor de un género humano” (79).

Lo descrito anteriormente resulta fundamental para entender la forma en que Gabriela Mistral construye su mundo. Si se

toma el concepto de Edward Said “mundanidad” (*worldliness*), trabajado hondamente en su obra *El mundo, el texto y el crítico* (1983), se entiende que refiere a la conciencia de la relación intrínseca entre la literatura y el mundo social y político en el que se produce y se recibe. No se trata solo de un concepto abstracto, sino de una práctica crítica que reconoce la influencia del contexto en la creación literaria y, a su vez, el impacto de la literatura en el mundo. Desde aquí es posible trazar un lazo fuerte entre el contexto social chileno de finales del siglo XIX y la primera mitad del XX, con la particular manera en que Gabriela Mistral construye su universo espiritual.

Para Mistral, la religiosidad no es una ceremonia superficial que se vive los domingos frente a un altar mediado por sacerdotes, sino que es vivir un vínculo directo con la divinidad llevado a toda hora y en todos los acontecimientos que traiga la vida misma. En una conferencia dictada por la poeta en 1922, titulada “El sentido religioso de la vida”, ella expresa claramente su visión respecto de esta materia:

Para mí, la religiosidad es la saturación que ha hecho en la mente la idea del alma, el recuerdo de cada instante, de cada hora, de esta presencia del alma en nosotros y el convencimiento total de que el fin de la vida entera no es otro que el desarrollo del espíritu humano hasta su última maravillosa posibilidad. (23)

Mistral enlaza esta experiencia religiosa directamente con la naturaleza que la rodea, señalando que “religiosidad es buscar en esa naturaleza su sentido oculto y acabar llamándola al escenario maravilloso trazado por Dios para que él trabaje nuestra alma” (24) De aquí se desprende una creencia religiosa inundada de emocionalidad y vínculo con la experiencia vital humana. Ser religiosa es vivir espiritualmente en un sentido amplio, enraizando siempre la fe con la vida mundana situada en los lugares y los tiempos en que se habita.

En relación con esto, podemos también vislumbrar esta visión mistraliana de la religiosidad de acuerdo con el contexto

de “estructuras del sentimiento” trazada por el académico Raymond Williams, donde refiere a la idea de que la cultura no es un fenómeno estático, sino un proceso continuo de cambio y desarrollo. Estas estructuras son modos de sentir y percibir el mundo que reflejan transformaciones sociales en curso, entendiendo la cultura no como una colección de objetos o productos acabados, sino como un proceso dinámico de creación y recreación de significados y valores en la vida social. Esto tiene toda relación con la forma en que primero Lucila y luego Mistral toman y transforman las creencias y costumbres de su contexto histórico y cultural y las acomoda para darle un sentido más profundo a su propia existencia terrena y espiritual.

La Nobel chilena no ha logrado encajar nunca en una categoría religiosa predeterminada, ni tampoco debería si queremos mostrar de forma auténtica su universo religioso y místico, tal y como ella lo fue configurando a partir de préstamos de por aquí y por allá que se fueron acomodando según sus necesidades vitales. Este entramado de creencias tiene su raíz en una lectura temprana y profusa de historias bíblicas provenientes de aquel texto escolar que ella menciona en “Mi experiencia con la Biblia”. Junto a esto, declaró en esta misma conferencia que durante su juventud leyó y relejó numerosas veces la Biblia de forma íntegra, dato no menor si consideramos que no era habitual que los ciudadanos comunes de Chile tuvieran una Biblia en casa.

En su juventud, Gabriela Mistral se acerca curiosamente a la Teosofía, sistema filosófico y religioso que busca el conocimiento de la divinidad y la relación del ser humano con el universo a través de la iluminación interior y la contemplación. Mistral adhiere a este sistema entre 1912 y 1914 a través de una logia de la ciudad nortina de Antofagasta llamada Destellos. Aquí ella asiste de forma infrecuente a reuniones en que se lee y discuten los escritos de la fundadora de este culto, Madame Blavatsky. A partir de la investigación en materia religiosa realizada por Martin C. Taylor en su libro *Sensibilidad religiosa de Gabriela Mistral* (1975), afirma que “Gabriela, convencida de que los principios de la logia coincidían con sus propias creencias, y deseosa de

calmar su angustia mental haciendo ejercicios budistas, defendió activamente la doctrina y la tradición teosóficas” (128).

En ese entonces, Gabriela devora libros orientales en busca de respuestas a inquietudes espirituales que posiblemente no podían ser saciadas con el cristianismo de la época. La teosofía, en conjunción con el budismo y el hinduismo, sumando su práctica de la meditación y el yoga, fueron la herencia que dejó esta exploración espiritual, de la cual algunas ideas nunca la abandonaron realmente. La reencarnación como pilar central de sus creencias es una de estas herencias, como ella afirma en su texto “Yo no soy una conversa” de 1934:

Yo no tengo una imposibilidad que los rigurosos llaman total para ser o volver a ser una cristiana: la idea de la reencarnación, costumbre de mi alma durante 20 años, no se me ha derrumbado junto con otras ideas orientales ya liquidadas. Ella dura en mí, ni siquiera lucha para defenderse: es como una especie de eje de mi alma o de centro mío incommovible, de viga madre de mi pobre casa moral. (66)

Ahora, el lazo que busco atar tiene por un extremo esta mixtura de creencias recolectadas por Mistral a través de sus años de vida, y por el otro su modo de recibir y plasmar sus procesos vitales en sus textos en verso y prosa, a través de estas creencias. De esta forma, aunado su credo heteróclito a su biografía es posible evidenciar un sello único que mezcla su cristianismo heterodoxo con rescates de religiones orientales como el budismo y el hinduismo, matizado todo con sus creencias locales de su región de origen, llámese Vicuña, Montegrande, La Serena o Región de Coquimbo.

### Lucila y Gabriela frente al suicidio

Según diversas fuentes, cuando Lucila tenía 17 años, mantuvo una relación amorosa con Romelio Ureta, joven ferroviario de Coquimbo, vínculo del cual sólo sabemos que acabó pronto

y fue seguido por una nueva relación del joven con otra mujer. Al poco tiempo, Romelio se suicida por causas que no se han esclarecido, pero se cree que por temas de dinero. Comúnmente se asocia a este acontecimiento la creación de “Los Sonetos de la Muerte”, trilogía de poemas con los que Lucila postula a los Juegos Florales organizados en Santiago en 1914, donde gana el máximo trofeo, la Flor Natural, momento en el que nace Gabriela Mistral (seudónimo con el que firmó sus sonetos). Me detendré aquí para analizar la naturaleza religiosa de estos poemas, pues es posible vislumbrar en ellos una relación particular de la hablante con el amado muerto.

En esta secuencia de poemas, se identifica una hablante que ha sufrido la muerte temprana de un antiguo amante. El soneto primero está fuertemente cargado de un tono vengativo, lúgubre, ominoso incluso. La mujer, cargada de despecho por el abandono sufrido, se regocija en la muerte del joven, argumentando que ahora “la mano de ninguna / bajará a disputarme tu puñado de huesos” (28).

En el segundo soneto, se realza el tono macabro del deseo de la hablante, unirse a su amante en las profundidades de la fosa, en la que descansa sin madurar el cadáver del joven. Aquí, la perspectiva cristiana de la victoria sobre la muerte destinada a aquellos que aceptaron a Jesucristo en su corazón no existe para el fallecido. Su muerte temprana es un castigo por su traición: “sabrás que en nuestra alianza signo de los astros había / y, roto el pacto enorme, tenías que morir...” (29). Me pregunto, ¿qué tipo de cristianismo admite el encuentro forzado de los cuerpos imperecederos de examantes, motivado este acto por los celos y la venganza ante la traición? ¿Es acaso más fuerte el dolor que el perdón?

Sin embargo, detenerse únicamente en el registro sombrío y personalista de estos versos corre el riesgo de reducirlos a la anécdota biográfica del suicidio de Romelio Ureta. Es cierto que la hablante parece regodearse en la muerte del amado y que la voz poética emerge atravesada por la venganza y el despecho; pero esa lectura se agota pronto si se piensa en términos puramente



referenciales. Grínor Rojo, en *Dirán que está en la gloria* (1997), advierte con lucidez que Los sonetos de la muerte no deben ser comprendidos como simples derivaciones de un hecho íntimo, sino como la configuración de un discurso en el que la voz femenina asume el control de la escena. Como señala, “la historia que narran Los sonetos de la Muerte moviliza un complejo de significaciones que se ajusta al modelo que acabamos de delimitar de una manera muy concreta, mostrándonos a una mujer que le confiesa su amor a un difunto, el que a causa de eso acaba siendo un vocablo que se puede conjurar sólo en el tiempo y espacio en el que el discurso femenino se formula” (41). De este modo, el poema se afirma más allá de cualquier “saga biográfica” y abre un espacio intertextual donde lo femenino, lo mortuorio y lo amoroso se entrelazan para desafiar las convenciones de la crítica y de la tradición religiosa.

Estos escapes de Mistral al dogma católico son sellos propios de su poesía amorosa, donde, motivada por el fuego de la emocionalidad, usa esto como una marca estilística para darle potencia a su discurso. Es difícil pensar en poemas más portentosos que estos en cuanto a lo que refiere sobre la muerte y el dolor. El escape se hace necesario para Mistral ante la doxa que exige la paz y el perdón. Es necesario para configurar una poética potente y singular. Se alinea probablemente con su experiencia de mundo y sus sentimientos auténticos frente a situaciones de esta naturaleza.

Posteriormente, en su primer poemario *Desolación*, publicado en 1922, junto a los “Sonetos de la Muerte”, aparecen una serie de poemas en que se deja en manifiesto su fe cristiana heterodoxa, entre los cuales me interesa detenerme en “Interrogaciones”, otro poema que vincula a la hablante con la experiencia de la muerte de un ser amado. Aquí presenciamos los cuestionamientos agónicos de una hablante que no encuentra respuesta ante la muerte, sobre todo una vinculada al suicidio. El suicidio se establece tradicionalmente en el cristianismo como un pecado mortal, que rompe definitivamente la relación del alma con Dios. Pese a esto, en “Interrogaciones”, la hablante, además de

cuestionar el destino del suicida, solicita a su Dios la salvación de su alma. La creencia de esta voz lírica en que Dios es necesariamente amor se aúna con la de Mistral declarada en textos como los citados con anterioridad, donde la divinidad reside en toda la naturaleza y esta es siempre amorosa y generosa. ¿Cómo entonces no va a escuchar a su fiel sierva, que sólo pide por la salvación de un alma que no supo mejor? Esta plegaria que se levanta en el poema sería juzgada y acallada por cualquier practicante del catolicismo ortodoxo.

Varios años más tarde, mientras Gabriela Mistral residía en Brasil, recibió la noticia de dos escritores amigos que terminaron con su vida: en 1938 se entera de la muerte de Alfonsina Storni, poeta argentina con quien Mistral se reunió en varias ocasiones, siendo su muerte motivada por un fuerte cáncer que le fue diagnosticado poco antes; y luego llega la noticia del suicidio de Stephan Zweig y su esposa, en 1942, decisión marcada por el miedo al triunfo nazi, régimen del cual el escritor austriaco había huido exiliándose en Petrópolis, misma ciudad en la Mistral residía desde 1941. El dolor de estas muertes es luego rebasado por probablemente el acontecimiento más lacerante que Gabriela experimentaría en su vida, la muerte de su hijo Yin Yin.

### La madre sin hijo

Juan Miguel Godoy Mendoza, “Yin Yin” para sus madres adoptivas Gabriela Mistral y Palma Guillén, fue el sobrino-hijo que llegó a la vida de la poeta mientras ella estaba en Francia en 1929. Según las investigaciones recopiladas por Pedro Pablo Zegers, fue entregado por el padre del niño a los brazos de Gabriela cuando este tenía cuatro años, ya que su padre no podía hacerse cargo económica ni emocionalmente de él. Desde 1929, Juan Miguel consta formalmente bajo la tutoría de Gabriela Mistral, quedando al cuidado de ella y de su compañera Palma Guillén. En 1943, luego de consumir arsénico, Yin Yin muere a los dieciocho años en el hospital de Petrópolis, dejando a Mistral devastada.

El fruto aciago del dolor ante la pérdida del hijo tan amado fue una serie de oraciones, poemas, cartas y sueños en que Mistral plasma su desoladora vivencia ante la muerte. Frente a la imposibilidad de recuperar al joven Yin, Gabriela ora incansablemente por la salvación de su alma, por desviar las tinieblas de su camino y pidiéndole a Dios, Jesucristo, la Virgen, los santos, ángeles guardianes y otros seres celestiales por la protección de su hijo. En una oración a Jesucristo por Yin, Gabriela clama:

Quebrando la vieja ley, usando solamente tu Gracia, viendo sobre él todavía la cera tierna de la infancia, llámalo, Cristo, a reconciliación y a bienaventuranza; a descanso y a gloria llámalo.

Que Juan Miguel, esté hoy contigo en el Paraíso.

Nunca renegó de ti, no buscó otros dioses, no tuvo oración sino para Ti, y a la hora de su muerte, a Ti se abajó con una maravillosa fidelidad.

Válgale como a tus demás hijos, su recto y hermoso amor.

Hoy esté Juan Miguel, hoy esté por gracia tuya en el Paraíso.

Vuelve hacia él tu rostro que rasga y abre la peor noche. (145)

En estas plegarias, Gabriela es consciente de la posibilidad de la pérdida del alma de Juan Miguel, lo cual nos da indicios de que ella, a pesar de conocer lo que sucede con el alma de los suicidas según la Iglesia Católica, persiste en su solicitud de salvación para su hijo. Pese a esto, Mistral no menciona nunca en estas oraciones la naturaleza de esta muerte, sino que se limita a implorar por el rescate de Yin Yin. Junto a esto, se pueden evidenciar ciertas marcas que nos permiten vislumbrar una comunión de sus creencias en un intento de hacer sentido a la experiencia vivida, lo que queda manifiesto sobre todo en el relato que la escritora hace de sus sueños.

En el denominado “Cuarto o Tercer sueño”, retratado por ella en uno de sus cuadernos de la época, Mistral deja registro de una visión de Yin Yin muy particular. Los describe como una presencia vaporosa, más infantil que en sus últimos días, de rostro nítido pero pálido (pese al color rosado que ella asegura que el joven tuvo siempre), presenciado a una distancia muy corta y de

forma silenciosa. No ocurre diálogo entre los dos, pero Gabriela describe este encuentro como uno tranquilo, para nada inquietante. El elemento que ella destaca al recordar este sueño es la naturaleza vaporosa y difuminada de su parte inferior. Sólo logra ver su rostro, pero bajo el pecho todo era difuso. En esta misma descripción en su cuaderno, ella anexa el siguiente comentario:

Tampoco reparaba yo en que no veía a Yin el resto del cuerpo, hacia abajo. Parecía no tenerlo, o tener toda esa parte de su cuerpo menos sólida, menos material que la parte alta. Yo no reparé en este detalle sino mucho más tarde, al leer en un libro de orientalismo que las almas van perdiendo con el tiempo el bulto inferior de su cuerpo astral hasta quedar de ellas sólo cabeza y hombros; lo que él tenía pues del pecho nada preciso yo vi en mi sueño. Leer esto me impresionó. (Yo no había leído nada semejante que me influyese). (194)

Aquí podemos observar claramente cómo la poeta hace consciente la recuperación de una creencia oriental, probablemente proveniente del budismo tibetano, donde, según *El libro tibetano de los muertos*:

Cuando la energía de la tierra se disuelve en el agua,  
uno siente que el cuerpo decae y se desploma...  
Cuando la energía del fuego se disuelve en el viento,  
el cuerpo se enfría y no es posible ya sostener los canales...  
Cuando la energía del viento se disuelve en la conciencia,  
la respiración se detiene y los ojos se entornan hacia arriba,  
y uno percibe visiones como de lámparas de mantequilla que  
se extinguen. (20)

## El hogar como espacio ritual

En cuanto a la poesía escrita sobre la muerte de Juan Miguel, destacan los poemas “Aniversario” y “Mesa ofendida”, en los que encontramos como tema común y central el dolor profundo por la pérdida del niño amado. En ellos se expresa el vacío que llena todos los espacios del cuerpo y del mundo, su mundo, esto

es, su hogar. Se levanta entonces la casa como un espacio sagrado, un lugar donde se practica el rito de lo cotidiano, de todo aquello que es sagrado para el espacio familiar. Este espacio tan anhelado por Mistral a lo largo de su vida, ese hogar y ese hijo que tanto aparece en su obra de forma transversal, se ha perdido de forma irrecuperable. Lo que quiero mostrar es que en estos poemas queda en manifiesto una sacralidad del microcosmos, creando símbolos de amor y de vida a través de objetos y acciones realizadas de forma rutinaria pero llena de significado. Similar todo esto a una misa, donde pan y vino son levantados y consagrados en medio de la liturgia para significar una transformación de lo común a lo sagrado.

En “Aniversario” se evidencia esta falta del rito sagrado que se materializa en sentarse a la mesa madre e hijo, ya no apartar las naranjas ni comer el pan sobrado. Ese pan, ceremonioso en tanto ademán de amor y complicidad, ya no está para concretar de forma visible la gracia divina, y su ausencia niega la comunión con Cristo de quienes faltan en la mesa. “Todo me sobra y yo me sobro” dice Mistral en “La abandonada” dejando entrever la inutilidad de todo aquello que queda en el plano terrestre frente a la ausencia terrible y permanente de Juan Miguel, marcando en sus poemas un antes de plenitud y felicidad frente a un ahora de vacío y dolor incalculable. No olvidemos que, para el cristianismo en todas sus ramas, la muerte es el encuentro con Dios, por lo que toda pérdida es en realidad esperanza en lugar de temor, pues se confía en la misericordia de Dios para la salvación del alma.

A modo de conclusión, resulta relevante volver a traer la idea de que la religiosidad llevada por Gabriela Mistral a lo largo de su vida se debe siempre a las circunstancias que la rodearon, manifestándose como un sistema de creencias flexible y dinámico, dispuesto a adaptarse a las necesidades espirituales que las distintas etapas de la vida de la poeta y, pero sobre todo de su persona privada. Siguiendo a Said, es su *mundanidad* lo que la hace una sujeto que absorbe, vierte y subvierte los paradigmas dispuestos por la tradición chilena y los países en los que se

situó. Es esa errancia de creencias, esa mudanza de conceptos y bocetos de la divinidad, lo que vuelve a Mistral en fuente infinita de análisis y cuestionamiento. Ella, con su permanente duda y fe en lo eterno, hace de este estudio literario un suceder constante.

\* \* \*

## Obras citadas

- Botto, Andrea. "Algunas tendencias del catolicismo social en Chile: reflexiones desde la historia." *Teología y Vida*, vol. 49, no. 3, 2008, pp. 499–514. doi:10.4067/S0049-34492008000200019.
- Mistral, Gabriela. *Bendita mi lengua sea: Diario íntimo*. Catalonia, 2021.
- . *Desolación. Ternura. Tala. Lagar*. Porrúa, 2017.
- . *Toda culpa es un misterio: Antología mística y religiosa de Gabriela Mistral*. La Pollera, 2020.
- . *Yin Yin*. Ediciones UDP, 2015.
- Pizarro, Ana. *Gabriela Mistral: El proyecto de Lucila*. LOM Ediciones, 2005.
- Rimpoche, Sogyal. *El libro tibetano de la vida y la muerte*. Urano, 2015.
- Rojo, Grínor. *Dirán que está en la gloria... (Mistral)*. Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Said, Edward W. *El mundo, el texto y el crítico*. Debate, 2006.
- Taylor, Martin C. *Sensibilidad religiosa de Gabriela Mistral*. Gredos, 1975.
- Williams, Raymond. *El campo y la ciudad*. Paidós, 2011.
- . *Marxismo y literatura*. Las Cuarenta, 2009.

\* \* \*



*Revista Familia*. Santiago, Chile, 1926.

Autor desconocido. Fotografía de dominio público.

<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-80587.html>,

<https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=53504072>